

---

## SERIE CRONOLOGICA DE LOS OBISPOS DE QUITO,

DESDE SU ERECCION EN OBISPADO Y ALGUNOS SUCESOS NOTABLES EN  
ESTA CIUDAD. AÑO DE 1645 Y SIGUIENTES

---

(Continuación. — V. el n.º 65, pág. 406)

En 1811 Santafé, con el nombre de Cundinamarca, reunió un congreso y entró en comunicaciones con Venezuela para uniformar la opinión y cimentar la libertad, desde cuya época, aquellos pueblos empezaron á trabajar por su independencia con una alternativa de triunfos y derrotas y de sucesos extraordinarios, de que no me ocuparé por no salir de mi objeto; lo antepongo sólo por la relación que tienen con los acontecimientos de Quito.

Se conservaba Arredondo en Guaranda con la tropa que había podido reunir; Villalba permanecía prisionero en Quito, y Vejarano, haciendo siempre el papel de patriota, hacía continuos viajes á tratar con Arredondo, quien obstinadamente no quería desocupar el punto de Guaranda, hasta que marchó sobre él D. Carlos Montúfar, que había reunido un cuerpo considerable en Riobamba. Entonces Arredondo se retiró á Guayaquil dejando Guaranda en poder de los quiteños. Molina que había sido nombrado sucesor del Conde Ruiz se hallaba en Cuenca, y como Presidente de Quito, mandó que el Tribunal de la Real Audiencia se reuniese en esta ciudad nombrando suplentes por los Oidores que faltaban, y de acuerdo con el Coronel Aymerit, Gobernador de aquella ciudad, levantó un cuerpo regular con el objeto de resistir á los quiteños ó de invadirlos, poniéndose en combinación con las tropas que tenía Arredondo en Guayaquil.

En este mismo año se supo que de Popayán salían para Pasto el Sr. Caicedo y un Anglo-americano, Machanlay, con tropas para invadir la ciudad de Pasto, que se había manifestado decidida por el Rey. Quito, por su parte, quiso también cooperar y mandó algunas tropas, con las que se consiguió el triunfo. El Sr. Caicedo dejó la guarnición correspondiente y pasó á Quito á ponerse de acuerdo con la Junta para conservar libre la comunicación con Santafé y regresó á Pasto. Entretanto la Junta dispuso que se hiciera una expedición contra Cuenca comandada por el Sr. Feliciano Checa. Para esto se hizo una colección de gente muy considerable, se armaron algunos cañones de Artillería; y se puso sobre las armas dos mil y más hombres. En estos días había subido al extremo la exaltación y entusiasmo de la plebe que excitada por algunos demagogos que jamás faltan en estas ocurrencias ó transformaciones políticas, se propuso á acometer atentados que deshonrarán nuestra historia. Imbuidos de que la existencia de aquel Conde Ruiz de Castilla retraído en la Recoleta podría ser perniciosa, en tumulto desordenado se dirigió el pueblo á apoderarse de su persona. Lo condujeron en triunfo, después de herirlo y estropearlo gravemente, hasta la plaza en donde querían sacrificarlo. Algunas personas respetables se propusieron salvar la vida de este anciano, y á esfuerzos de mucho trabajo, persuasión y protestas de fusilarlo públicamente, consiguieron arrancarlo de las furiosas garras de la plebe, y lo depositaron por seguridad en el cuartel, en donde, tanto por la herida, como por el peso de su alicción y abatimiento, murió el 15 de junio de 812.

Preparados todos los elementos necesarios para la expedición contra Cuenca, en agosto de este mismo año, salió con mucho aparato y entusiasmo: marchó el ejército aumentándose progresivamente en Latacunga, Ambato y Riobamba, hasta tocar en un sitio llamado Paredones, á los confines de Cuenca. Suscitadas desconñanzas ó rivalidades entre los jefes, tuvieron que poner á la cabeza de aquel ejército á D. Francisco Calderón, que, por su pericia militar y decidido patriotismo, parecía más al propósito para aquella empresa. Hechos los arreglos convenientes por el nuevo Jefe, marchó la división hasta un sitio llamado Verdeloma, en donde eran esperados por el Coronel Aymerit y Teniente Coronel Valle, con las tropas que habían podido colectar en Cuenca y sus pueblos. Avistados los ejércitos á las cinco de la mañana empezó el fuego de artillería, y después el de fusiles con tanto entusiasmo de una y otra parte, que du-

ró hasta las cinco de la tarde en que cesó, quedando indecisa la victoria; pocos murieron de una y otra parte, á pesar del mucho tiempo que duró el combate; porque, poco versados en el arte de la guerra, los cuerpos se habían colocado á una distancia considerable uno de otro. Por la noche las tropas de Cuenca abandonaron su posición y se retiraron á preparar en la Ciudad la entrada de las de Quito, bajo arcos y aclamaciones, persuadidos de que no les habria sido posible resistir por más tiempo á las superiores fuerzas de Quito. ¡Pero qué contraste tan singular! La misma noche los quiteños abandonaron el campo dejando en él la Artillería, municiones, muchas armas, y aún equipajes de valor, á consecuencia de haber tenido noticia de que los resentidos ó descontentos, por haber puesto á Calderón á la cabeza del ejército, habían hecho en Riobamba una contrarrevolución para despojar á Calderón que suponían era enemigo de los Montúfares.

Ya en este tiempo había sido nombrado Presidente de Quito el Teniente General D. Toribio Montes, que con los auxilios que le prestó el Virrey Abascal de Lima, había llegado á Guayaquil, y estaba organizando una expedición para salir contra Quito en combinación con D. Juan Samano, que había llegado á Cuenca con el mismo objeto. Montes mandó salir adelante una división que tuvo un encuentro con una avanzada que tenían los quiteños en San Miguel de Chimbo, la que se retiró hasta mocha, en donde se reunió toda la tropa de Quito á formar una fortaleza ó atrincheramiento en una quebrada contigua al pueblo, dando lugar á que las tropas de Guayaquil con Montes, y las de Cuenca con Samano y Aymerit, se reuniesen en el pueblo de San Andrés. En uno de los días del mes de septiembre, reunidas las fuerzas de Montes y Samano, atacaron los fuertes de Mocha, y á pesar de estar cortados todos los pasos de la quebrada defendida, los quiteños se entregaron á una vergonzosa fuga, dejando al enemigo seis cañones, gran cantidad de fusiles, y otras armas y municiones, y corriendo en desorden hasta Quito, que se puso en la mayor consternación por este acontecimiento desgraciado. Montes continuó su marcha sin obstáculo hasta Latacunga, desde donde intimó rendición á los quiteños, quienes contestaron por medio del Canónigo Camacho, comisionado al objeto, que no reconocían su autoridad, respecto á que el Rey se hallaba preso en Francia, y que la Junta de Madrid, que había asumido la autoridad Real, no se hallaba facultada para someterlos á la fuerza sin haber recibido órdenes del Monarca. El

pueblo, luego que supo que la Junta había mandado á Camacho e i comisi3n, supuso que se trataba de traicionarlo; y dirigiéndose á la casa del Can3nigo (que era tenido por realista), la saquearon y despedazaron; y enseguida pasaron al Palacio á matar á los individuos de la Junta, para lo que pusieron dos cadalzos en la plaza, de modo que si estos Sres. no se salvan por los tejados y puertas ocultas de palacio, habrian sido todos victimas de un pueblo enfurecido. Aterrado el Marqués de Selvaegre por este acontecimiento, dimitió 3 renunci3 la Presidencia, y la nueva elecci3n recay3 en el Sr. Obispo Cuero, quien por su respetabilidad 3 influjo, consigui3 tranquilizar los 3nimos y reducir á la plebe á que se prestase á la defensa de la ciudad amenazada por fuerzas superiores que estaban ya tan cerca. Se organizaron nuevamente los cuerpos reuniendo los dispersos soldados, y formaron una nueva fortificaci3n en la quebrada de Tambillo 3 Jalupana, con tan buenas precauciones, que parecia invencible. EN D. A. Andrés Salvador, realista obstinado, con anhelaci3n se habia pasado al ej3rcito de Montes, lo separ3 de aquella fortaleza, conduciéndolo por la corderilla, con tanta reserva, que cuando los quiteños acordaron, ya las tropas de Montes estaban bajando al ejido de Turubamba, dejando asi inutilizada la fortificaci3n de Jalupana, en donde qued3 la mayor parte de la Artillería que no pudieron conducir en los conflictos de una retirada precipitada, á la que se debió el que hubiera tiempo para hacer otra á la entrada de la ciudad en los puntos, Panecillo, San Sebastián y Magdalena.

Viend3 los quiteños, que Montes los estrechaba, y que D. Pedro Calisto y su hijo D. Nicolás, que habian traído presos desde la provincia de los Pastos, estando huyendo á refugiarse entre los pastusos, habian de perseguir con más empeño que antes á los comprometidos en la revoluci3n, los hicieron pasar por las armas la noche del 28 de octubre de 812 dentro del cuartel en que estaban presos.

El 8 de noviembre, Montes atac3 por los tres puntos referidos los atrincheramientos quiteños, y á pocos esfuerzos consigui3 un triunfo completo, y subi3 con toda su tropa á coronar la loma del Panecillo, en donde se sirvi3 de la misma Artillería, colocada ahí por los quiteños para hacer fuego á los derrotados que se replegaron á la ciudad. No es facil explicar la confusi3n de los habitantes en aquel malhadado dia: no qued3 uno que no emigrase para Ibarra junto con las tropas derrotadas, hasta las Carmelitas salieron de sus Monasterios; la ciudad qued3 absolutamente abandonada y desierta; s3lo

algunos que pertenecían al partido fueron á besar la mano á Montes, quien al día siguiente entró triunfante á la ciudad, permitiendo que sus soldados la saquearan y cometieran toda clase de desórdenes.—Como en muchos días que pasaron la ciudad se conservaba sin gente, Montes se ocupó de inspirar confianza en el pueblo, publicando bandos continuos para que volviesen á ocupar sus casas y talleres. Las personas que no pudieron emigrar hasta Ibarra y que se habían quedado en los pueblos y haciendas inmediatas, regresaron á la ciudad, y poco á poco se iba restableciendo el comercio. Más como los derrotados habían vuelto á reunirse en el pueblo de San Antonio de Caranqui inmediato á Ibarra, Montes mandó á Samano con quinientos hombres á que los dispersase y sometiese á aquella provincia á su obediencia. Samano llegó en pocos días á San Antonio, y viendo que sus enemigos le habrían el paso y desamparaban aquel pueblo, se apresuró á entrar en él sin sospechar siquiera, que era lo que deseaban los quiteños, que habían tomado las medidas convenientes para sitiarlos en aquel punto, tomándose las alturas de que está rodeado. Se rompió el fuego, que se sostuvo de una y otra parte con tenacidad por muchas horas; más como los quiteños peleaban con ventaja y aun con desesperación, estrecharon de tal modo á las tropas de Samano, que se vió éste en la necesidad de replegarse á la Iglesia, formando en este Sagrado edificio una batería invencible, porque, abriendo troneras en las paredes, podía ofender con la seguridad de no ser ofendido: pero como se le acabaron los pertrechos, y no podía continuar la defensa de aquel asilo, resolvió rendirse á discreción para lo que había reunido en consejo de guerra á los jefes y oficiales de su división. Acabado el día cesó el fuego, y por la noche corrió entre la tropa quiteña la voz que se acercaba otra división en auxilio de Samano. Bastó este vago rumor esparcido entre las tropas liberales que ocupaban diferentes puntos, para que se diera la orden general de retirarse á Ibarra. Cuando Samano estaba en los conflictos de esperar el día para proponer su rendición, se encontró libre de todo peligro y sin un solo soldado al frente. Su gozo fué inexplicable, tanto por este feliz incidente, cuanto porque aquel mismo día le entregaron algunos cajones de pertrechos que habían sido interceptados por los Indios á las inmediaciones del pueblo de San Pablo. Reanimado con tan favorables acontecimientos pasó al día siguiente á Ibarra, en donde la demoralización se había apoderado de los jefes y tropas liberales. La divergencia de opiniones entre los jefes, la

dispersión de los soldados, la escasez de elementos de guerra, y, en fin, todo concurría á obligar se tomaran medidas pacíficas. Con este objeto los Sres. Marqués de Villa Orellana, D. Carlos Montúfar, y D. Manuel Matheu, dirigieron un oficio á Samano proponiéndole una capitulación que restablecería la armonía y unión entre los americanos y españoles, que luchaban por la misma causa, esto es por Fernando 7.º Aunque Samano conoció que aquella aparente sumisión al Rey venía del extraordinario apuro en que se hallaban los revolucionarios, dió cuenta al Sr. Montes, y, sin conceder tregua alguna, se dirigió á ocupar Ibarra, de donde fugaron en desorden todos los jefes, oficiales y soldados que habian quedado esperando el resultado de la capitulación propuesta. Samano, luego que se vió libre de enemigos, empezó á perseguirlos por todas direcciones. Tomó á Calderón, á un francés que había servido de capitán, al Comandante Aguilera, y los fusiló en el acto: prendió al Obispo y á otras muchas personas, que con escolta remitió á Quito en clase de prisioneros, con lo que quedó evaporada toda la revolución.

Entre tanto Montes manifestaba en la capital mucha lenidad, procuraba restablecer el orden con la sagacidad de un hombre versado en la política: solo procedió contra los Indios Lamiña, y Chambi, que habian sido los cabecillas en las muertes de Fuertes y Vergara, á quienes hizo ahorcar y sus cabezas mandó poner en jaulas de hierro en las entradas de la ciudad. Y por lo que hace á las personas notables que habian tenido parte activa en la revolución, fueron desterrados á España, los Sres. Ilustrísimo Obispo, el Dr. Caicedo su Provisor y sobrino, el Capitán Mancheno, el Dr. Rodriguez, y otras personas; y á los demás los castigó con gruesas multas pecuniarias, que erogaron con mucho placer por salvar la vida, ó evitar la deportación.—El Sr. Obispo por su edad y enfermedades, apenas pudo llegar á Lima, donde murió el año de 815, como se dijo antes, sumido en la más terrible miseria, y sin un recurso para lo más preciso de su subsistencia y curación, y los demás pasaron á distintos puntos de Europa. D. Nicolás de la Peña, uno de los más comprometidos en la revolución, fugó con su mujer Rosa Canobas, á la costa, donde fueron presos y fusilados por una división que tocó ahí, procedente de Panamá, de orden de Montes, á principios de 813, y en esta misma época, los pastusos sabedores de lo ocurrido en Quito, se sublevaron contra la guarnición que habia, comandada por el Sr. Caicedo y Macanlay, que fueron decapitados en el acto junto con los soldados que no pu-

dieron salvarse. Con lo que quedó toda esta parte de América sometida nuevamente al dominio Español; pero con grandes esperanzas, porque sabía que en Santafé y Venezuela existía Bolívar, de cuyos esfuerzos se esperaba la libertad de todo Colombia, como se verá por sus resultados.

A mediados de 1813 se supo que en España se había jurado una Constitución en 812, que tenía por objeto formar una Monarquía moderada ó constitucional; que los españoles habían hecho heroicos esfuerzos para arrojar á los franceses del territorio español, y, en fin, que á consecuencia de los triunfos conseguidos por España sobre los franceses, aquella Nación iba adquiriendo su libertad; pero en la América no era permitido ni aún hablar de aquella constitución, porque las autoridades que entonces mandaban eran adictas al Rey, particularmente Montes que había conseguido triunfar completamente en Quito y reducir á este país á un estado de absoluto vasallaje, tanto por medio de la persecución contra los que se conservaban ocultos, por no haber sido comprendidos en los indultos, como por el arbitrio de atraer á su lado á las personas notables del país.

A fines de este año de 813 se supo que de Santafé salía una expedición contra Montes, comandada por un Frances Mr. Servieres, que había tomado parte en nuestra emancipación política. Montes dispuso en el acto que Samano, con alguna tropa saliese á contenerlo. Este llegó á Pasto, engrosó su ejército con más de 1200 pastusos que se prestaron voluntarios, y pasó á Popayán, de donde los patriotas por no tener fuerzas suficientes se retiraron para Santafé; pero Samano activamente apresuró sus marchas, y les dió alcance en el sitio llamado las cañas, en donde derrotó completamente aquella división patriota, y regresó á Popayán.

Este triunfo hizo creer á los españoles que nada más necesitaban para afianzar su dominación. Regresó entonces á Quito el Tribunal de la Real Audiencia, que desde el año de 811 estaba residiendo en Cuenca, ejerciendo ahí sus funciones judiciales, se restablecieron todas las oficinas; y volvió la administración tanto política, como militar al estado en que había existido el año de 1808.

Se lisonjearon los españoles de que el dominio del Rey seria ya inalterable, á pesar de que algunos Corifeos de la revolución se conservaban ocultos, entre ellos el Marqués de Selvalegre, su hijo Carlos Montúfar, Matheu, Checa, Zambrano, el Mae trescucla Miranda, y otros que jamás quisieron manifestar sumisión á las au-

toridades españolas: pero Montes hizo retirar parte de las tropas de Cuenca con su Gobernador Aymerit, y licenció algunos jefes, oficiales, y soldados de Lima, Guayaquil, Panamá y Pasto, dejando en Quito más de 600 hombres de guarnición.

A fines de 813, los patriotas de Santafé, volvieron á organizar otra expedición para Quito, poniendo á su cabeza á D. Antonio Nariño, cuya capacidad y genio militar era bien conocida. Llegó éste con su división á la ciudad de la Plata, y ofició á Samano haciéndole ver el derecho que tenían los americanos para independizarse de la dominación española, en términos que cualquiera otro, que no hubiese sido un Samano, habría depuesto las armas en el acto, y habría entrado en negociaciones de reconciliación y paz; pero este opresor, enemigo de la libertad del hombre, fanático, ciego, esclavo del despotismo, despreciando los convincentes y enérgicos discursos emitidos por el sabio Nariño, le salió al encuentro hasta avistarse en el puente alto de Palasé, en donde se travó un reñido combate, en el que triunfaron completamente los patriotas. Samano derrotado corrió hasta Calivio, en donde encontró al Coronel Asin, que con más de 600 hombres iba en su auxilio y se había fijado en ese punto por ser muy ventajoso para esperar al enemigo. Nariño, persiguiendo la derrota de Samano se acercó á Calivio y dirigió con el Teniente Coronel Urdaneta otra comunicación, á fin de establecer las bases del reconocimiento de la independencia Americana. Samano que encontró aquel refuerzo, y que recibió aquel día otro auxilio de 400 pastusos, contestó con la más viva indignación las proposiciones de Nariño. Se prepararon ambas partes, para un nuevo combate. Samano al ver la resolución de las tropas liberales, desamparó el puente y tomó la hacienda de Calivio, que por su situación geográfica y por estar rodeada de zanjas, y con verjas de madera á su entrada, ofrecía una buena fortificación: Nariño con una intrepidez extraordinaria avanza rápidamente, manda romper el fuego y enseguida carga á la bayoneta. Asin trata de contener el valor de los soldados de Nariño, cae muerto, se introduce el desorden en las tropas realistas, después de haber peleado hasta perder casi la mitad de su gente, y ceden el campo al enemigo dejando en su poder la Artillería, muchas armas y municiones, y se replegan á Pasto los restos de aquella derrota. Nariño entró en Popayán, que lo recibió con aclamaciones y entusiasmo, y trató de organizar y aumentar los elementos de su continuación sobre el obstinado Pasto.



Apenas supo Montes el descalabro que habian sufrido las tropas del Rey en Palace, y Calívio, dió orden para que Samano se retirara á Quito, y que el General Aymerit fuera á tomar el mando de las tropas que se reuniesen en Pasto, con 200 hombres de refuerzo que le dió, bien surtido de pertrechos de guerra. La primera posición que eligió Aymerit para esperar al enemigo fué el río de Juanambu, cuyas obras de defensa fueron confiadas al Ingeniero Atero. Se presentó el triunfante Nariño al frente de Juanambu, y atacó con tanta firmeza y confianza, que triunfó á pesar de una tenaz resistencia, y de que aquel puente parecia invencible, por consistir en una profundísima quebrada sin vereda, por la que corría un rápido y caudaloso río, que fué pasado á nado por los soldados de la Patria; pero nada podía oponerse a los esfuerzos y constancia del decidido empeño de los que peleaban por la libertad. Vencidas las tropas del Rey tomaron á retaguardia otra posición en los elevados puntos llamados las Cebollas, y Lagartijas: á los cinco días se trabó en él un nuevo combate, en que pelearon los pastusos con el mayor encarnizamiento, y á pesar de que la pérdida de Nariño fué considerable por la ventajosa posición de los realistas, el triunfo se declaró en favor de la libertad. Un grande aguacero acompañado de mucha nieve impidió que aquel mismo día entrase Nariño á Pasto. Aymerit se habia retirado hasta Yacuanquer, caminando toda la noche con su desmembrado y abatido resto, dejando en Pasto un pequeño destacamento, para que en retirada fuese observando al enemigo. Como al día siguiente, hasta muy tarde, no asomaban las tropas de Nariño que esperaban muy temprano en la ciudad, mandaron á explorar la causa de su detención; más, ¿cuál seria la sorpresa de la avanzada cuando observó que en el campo ni sus inmediaciones habia un solo soldado de la patria? Alborozado el pueblo de Pasto se dirigió en masa al punto de Cebollas, y en una colina encontraron sólo al General Nariño, que voluntariamente se entregaba á sus enemigos.—Atónito estará el lector si no se le diese pronto la causa de tan raro acontecimiento. Aquella noche después del triunfo se supo que en Santafé se habia hecho una contra-revolución para deponer á los que mandaban en aquella época, en que se incluía Nariño, y los demás jefes de la división. Todos renunciaron los triunfos conseguidos para regresar á la capital; tras los Jefes siguieron los oficiales y soldados, y sólo Nariño prefirió entregarse más bien á sus enemigos, que volver á sufrir en su patria los desórdenes de la anarquía y la persecución de sus émulos.

Condujeron los pastusos á este Ilustre Campeón de la libertad en triunfo hasta la ciudad, en donde le redujeron con esposas y grillos á una acerva prisión: avisaron á Aymerit que actualmente estaba disponiendo su retirada á Quito, quien volvió á Pasto, y dió cuenta á Montes de todo lo ocurrido. Los patianos se sublevaron y condujeron á Pasto muchos prisioneros de los dispersos y atrasados, que todos fueron pasados por las armas, sólo á Nariño conservaban para hacerle padecer mayores tormentos que la muerte. Montes luego que supo este triunfo, aunque bien desfigurado, porque así convenia á los jefes de la división vencedora, se enajenó de gozo. Nariño á los seis días de su prisión, con fecha 17 de mayo, se dirigió á Montes pidiéndole permiso para pasar á la capital á establecer las bases de un convenio pacífico y amistoso, que sin menoscabar la autoridad del Rey satisficiera á los pueblos que se habian pronunciado por la independencia. Oyó Montes con agrado estas proposiciones confiado en que se comunicaban de España noticias muy lisonjeras de los triunfos adquiridos sobre los Franceses, y que muy pronto Fernando 7.<sup>o</sup> sería puesto en libertad y vuelto á ocupar el Trono de sus mayores. Se entabló con este motivo una comunicación continua con el Gobierno liberal de Santafé; y Quito por medio de Nariño: más todo era infructuoso en razón de que los españoles no podian tolerar proposición alguna que fuese dirigida á sustraer á la América su dominación, se cortaron las comunicaciones, y mandó el General Montes que trajeran con muchas seguridades á Nariño y dispuso se alistase en Pasto una nueva expedición contra Santafé. Nariño fué conducido hasta Cayambe por el camino real; y de ahí, tomando la escolta la cordillera, le hicieron pasar á Latacunga, sin que tocara en la Capital, de temor de que fuera robado al pasar la ciudad, cuyos preparativos anticipados fueron denunciados por algunos malos ciudadanos, enemigos de la libertad Americana. Nariño fué conducido á España.

Montes instaba y excitaba á Aymerit para que saliera de Pasto con la expedición; pero Aymerit que habia concebido terror á los patriotas, y que sufría continuas burlas de los pastusos por su retirada á Yacuanquer, se quejó de mal de gota y pidió su relevo, que fué concedido, nombrándose de Jefe interino de aquella división al Teniente Coronel Vidanrazaga, á quien prestaron poca sumisión las tropas, y particularmente los pastusos por su poca graduación; pero éste, autorizado por el Sr. Montes, puso en movimiento todos los resortes de su

autoridad, y consiguió conducir las tropas á Popayán sin contradicción alguna.

A fines de este año, 1814, se comunicó de España oficialmente que Bonaparte había puesto en libertad á Fernando 7, quien había vuelto á ocupar su trono en Mayo. Que había desaprobado todo lo hecho por las Cortes en su ausencia y que, despreciando la Constitución jurada por los españoles, se había puesto á la cabeza del gobierno como Rey absoluto. Nada de esto alteró el orden de cosas en Quito.—Montes tenía una gruesa guarnición, y los patriotas no podían intentar el menor movimiento en favor de la libertad; pues aún los pensamientos eran en el acto denunciados, y perseguidos los que manifestaban el más pequeño deseo.

Había entrado el año de 815, cuando Vidanrrazaga estaba en Popayán con sus tropas en posesión de aquella provincia. Los patriotas se habían retirado al valle de Cauca para fortificarse, y levantar nuevas tropas con que poder defenderse y ofender al enemigo.

D. Carlos Montúfar, que había podido escapar de las garras de los españoles, se internó por la costa y recaló á la Buenaventura y se reunió á los patriotas del Cauca.

En este año, las personas más notables del país habían conseguido que el General Montes, conociendo su mérito, los tratase con distinción y aprecio, y aún se puede decir que algunos á esfuerzos de obsequios y de una adulación abatida, ganaron su confianza: esto excitó la emulación de los realistas y de los jefes militares que entraron en una especie de celo frenético contra aquellos sugetos, y los acusaron ante el Presidente, de que estaban fraguando una revolución, y que tenían datos para convencer de que habían preparado la sustracción de Nariño cuando pasó por Quito, para colocarlo de Presidente asesinando al General Montes. Este esperto y sagaz General, conoció la flaqueza de sus oficiales, y vió con desprecio la acusación; irritados éstos resolvieron hacer una asonada militar, y proceder de hecho contra los sindicatos, sustrayéndose de la obediencia á su Jefe, y, sin contar con él, mandaron prender á los Sres. Manuel Larrea, Manuel Matheu, Guillermo Valdivieso, Joaquín y Jacinto Sánchez, José Barba, al Magistral Soto, y al P. Herrera, religioso de San Francisco. Montes se resintió mucho de este procedimiento, tanto más, cuanto que tuvieron la insolencia de prender en su propia habitación al Marqués de San José, que sabedor de las prisiones había ido á asilarse en el palacio. Montes exigió los datos de la conspiración, y como no se presentó ninguna prueba, mandó poner en libertad á

los presos que ya los habían asegurado con grillos en el cuartel; sólo al Magistral Soto le mandó pasar á España, por sustraerlo de sus enemigos que lo perseguían encarnizadamente por la estrecha amistad que tenía con el indicado Montes, quien le prestaba toda deferencia.

Volviendo á Vidanrrazaga, que dejamos en Popayán, organizó su expedición engrosando su ejército con los auxilios que le fueron de Pasto y Patia, que como tales realistas concurren con muy buena voluntad, y salió á buscar al enemigo, y en 30 de junio se presentó en el paso llamado de las ovejas, que se hallaba defendido por unos pocos patriotas: venció con facilidad y pasó el río del Palo donde estaba el ejército liberal dispuesto á defender aquel punto. Las primeras cargas de los realistas fueron terribles, tanto que consiguieron pasar el río y hacer replegar al enemigo; pero éstos animados por D. Carlos Montúfar y el Ilustrado Cabal, volvieron con tanto ardor y entusiasmo á la pelea, que derrotaron completamente á los españoles que se creían dueños del triunfo, y fueron perseguidos por la caballería liberal hasta cerca de Patia, quedando así todo el Cauca y Popayán por la Patria.—Montes sintió en extremo este reves, y á pesar del resentimiento que tenía con Samano por el desafuero que cometió en las prisiones de los quiteños, y que sabía que éste estaba resentido con él por la separación del mando, le encargó pasase á Pasto á organizar un nuevo cuerpo reuniendo los restos de aquella derrota; y aprovechando de la adición de los pastusos y patianos al Rey, le dió 200 hombres de sus tropas los pertrechos y armas necesarias.

Samano llegó á Pasto, y puso en movimiento aquella ciudad siempre adicta al Rey, á cuyo nombre se prestaban ansiosos sus invéciles habitantes, y entretanto hacia los arreglos convenientes, se acabó el año de 1815.

En 816 recibió Montes noticias de que había llegado al Norte de Colombia Morillo, esa infernal furia deshonorada del linaje humano, que uniendo las tropas que trajo de España á las realistas, que peleaban en Venezuela y Santafé, había hecho progresos en favor del Rey, y dió orden á Samano para que marchase con 900 hombres que había podido reunir, á establecerse en la cuchilla del Tambo, distante 6 leguas de Popayán con particular encargo de atrincherar bien aquel punto, y no moverse hasta ponerse en combinación con las tropas realistas de Santafé que habían conseguido repetidos triunfos sobre las de los patriotas. La previsión de Montes produjo funestos resultados á la causa Americana. Efectivamente debilitadas las tropas liberales, y no pudiendo resistir

á la superioridad de las realistas que se habian tomado la capital, trataron de abrirse un paso por la cuchilla del Tambo, guardada por Samano, creyendo más facil el triunfo por esta parte.

El 19 de junio atacaron aquel punto, que Samano habia fortalecido con mucha anticipación, á lo que debió un triunfo que sepultó las esperanzas de los patriotas, que no encontraron otro recurso ni salida, después de una irreparable pérdida, que acogerse á los montes. Entre los prisioneros que hizo Samano, cayeron en su poder los Sres. Carlos Montúfar, Antonio Villavicencio, Ramón Leiva, José María Carbonell, Jorge Lozano, los Torrires, los Niños, los Monsalves, Cabal, Baraya, Lefia, Linares, los Grillos, Rivera, Céspedes, Peña, Ayala, Rivas, Angulo, Troyano, Contreras, Ramírez, Ortiz, Peigron, Andren, Lastra, Zapata, Figuarana, Carate, Gómez, Sánchez, Olaya, Quijano, Herrera, Palase, Otero, los Salas, los López, Omedilla, Salias, Mortalis, Caldas, Ulloa, Buch, Armero, Paez, Abad, y los letrados Valenzuela, Pombo, Garcia, Benites, Gutierrez, Oyos, Cortés, Garcia, Rivera, Camacho, Alvarez, Arrublas, Dávila, Chacón, Garcia, Ardilla, Vallesillo, Frutos, Gutierrez, Vázquez, Caicedo, y otras muchas notabilidades que honraban la causa Americana, fueron fusilados, unos en el campo, otros en Santafé, y otros en Popayán, distinguiéndose con D. Carlos Montúfar que mandó fusilar en Popayán por las espaldas como á traidor al Rey. Eternamente llorará la patria la pérdida de estos Ilustres campeones de la libertad, jamás reparará esta pérdida.

Triunfante Samano pasó á Santafé á fusilar otras tantas personas respetables, y en premio de sus crueldades obtuvo el nombramiento de Virrey de aquel Reino, donde le dejaremos para volver á Quito.

Montes lleno de placer por este triunfo que aseguraba por su opinión la dominación española, se entregó á toda clase de divertimientos; entabló una buena tertulia en su Palacio; hizo fiestas públicas, y adquirió una especie de confianza con el pueblo que se conservó en paz por mucho tiempo.

En 1816, en Riobamba, hubo un extraordinario huracán que se levantó hasta las nuves formando una vistosísima columna: su ruido se oyó á más de cuatro leguas de distancia. Se formó á la cabecera del lugar y atravesó éste de poniente á oriente llevándose viejos árboles que arrancó de raiz, y todos los edincios que encontró al paso; de modo que hizo una nueva calle en toda su carrera. Los habitantes creyeron que era el último día del mundo; pero su consternación duró muy poco tiempo, porque

sucedió una lluvia abundante que despejó la atmósfera cubierta de denso polvo.

Hasta el 27 de junio de 1817 no hubo novedad en Quito. Este pueblo siempre adicto á la independéncia fincaba sus esperanzas en los triunfos del gran Bolívar incansable y constante en trabajar por la santa causa de la libertad, á pesar de infinitos reveses que había sufrido, pero estas noticias produjeron una nueva persecución contra algunas personas respetables de la ciudad. Los oficiales del Rey volvieron á suscitar denuncias de revolución, y fueron presos los Sres. Marqués de Selvaegre, Guillermo Valdivieso, Manuel Zambrano, que fueron remitidos en partida de registro á España. Manuel Matheu pudo escapar con la ocultación, y Zambrano se sustrajo de la escolta en el arenal, á beneficio de la ligereza de un caballo que sus parientes le proporcionaron en Riobamba con este objeto; pero perseguido Matheu tenazmente, se vió en la necesidad de pedir su pasaporte para trasladarse á España. Este injusto y arbitrario procedimiento disgustó mucho, y aún el mismo Montes arrepentido pidió su retiro para España lleno de riquezas. Le subrogó el Presidente Ramirez nombrado por el Virrey de Lima, que vino á Quito á fines de 817. Este adusto y severo español entró amenazando y prometiendo horribles castigos contra los que pensasen siquiera en libertad; así es que habiéndole dicho que el Dr. Antonio Ante, que como buen patriota se había coservado oculto todo aquel tiempo, proyectaba una revolución, mandó asesinarlo en su propia casa metiéndole un soldado disfrazado con el pretexto de entregarle una carta de un amigo suyo. Ante pudo evitar la muerte defendiéndose con las manos, pero no pudo dejar de ser herido gravemente, en cuyo estado le prendieron y le mandaron á la Península sin consideración ni á su herida ni á su numerosa familia.

Continuar i.